



NOSCE TE IPSUM

EL CRITERIO ESPIRITISTA.

REVISTA MENSUAL.

FUNDADOR, ALVERICO PERON.

II AÑO.

Abril de 1869.

N.º 8.º

¡ALLAN KARDEC HA MUERTO!

El Fundador de la doctrina espiritista, el Patriarca del espiritismo, el maestro, no vive ya entre nosotros como espíritu encarnado.

Cuando una escuela pierde á su fundador, la muerte que le arrebató sume en hondo desconsuelo á sus discípulos. ¡Ya no existe! dicen. ¡Qué pérdida tan inmensa! ¡qué golpe tan fatal acaba de recibir la doctrina con la desaparición de su jefe!

¡Notable contraste!

¿Qué es para nosotros, los apasionados de tan gran maestro, qué es, repetimos, para los espiritistas la muerte de KARDEC?

No es que nosotros juzguemos tan sólo que al morir todo hombre grande nace á la inmortalidad; es que nosotros creemos más: creemos que su muerte es el comienzo de otra nueva vida más poderosa, más activa, porque el *espíritu*, el *alma* que animaba el cuerpo que acaba de herir impiamente la muerte, no ha destruido, no ha podido destruir sino una envoltura material, insuficiente ya, al progreso de su grande espíritu, envoltura que sujetaba su estancia á la ciudad de París, lejos de nosotros, lejos de cuantos en apartadas regiones vivían y profesaban su doctrina, los cuales para

tener el gusto de estrechar su mano, habían de recorrer un largo camino para escuchar su acento ó esperar con impaciencia sus cariñosos consejos, escritos con tanta bondad en una carta.

Pero hoy KARDEC, el alma de KARDEC, ese destello inmortal que por su cuerpo se manifestaba, por el sólo acto de morir, reside en el mundo entero, y puede acudir con apresuramiento á la evocación de sus discípulos.

No vive como ántes en un cuerpo únicamente, vive en cada uno del de los *mediums* que le evocan, el tiempo necesario para transmitir á los adeptos de su doctrina la fé y el entusiasmo que le animaban.

¡Dichosos nosotros, que tenemos la firmísima creencia de que la muerte no quita, sino por el contrario, dá nueva y más esplendorosa manifestación de existencia!

¿Es esto decir que no hemos sentido su muerte?

No. Como hombre, hemos pagado á la humana naturaleza el debido tributo. ¿Quién puede sobreponerse á ella?

La muerte de su cuerpo nos ha arrancado lágrimas de profundo pesar; pero no hemos tardado en reconocer que no era justo llorar por egoísmo el bien de nuestro querido hermano, que hoy recobra su libertad, de que tan sólo se privó su alma, al encerrarse en un cuerpo, para realizar una misión, con